

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que se distribuye como obsequio para los suscriptores de la revista *El Malpensante*.

Este número 33 es una antología de John Jairo Junieles, preparada por él para esta colección.



N.º 33

*Aquí estuve
y no fue un sueño*



John Jairo Junieles

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO

2007

ISBN 978-958-710-298-7

© JOHN JAIRO JUNIELES, 2007
© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2007
Derechos exclusivos de publicación
y distribución de la obra
Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá - Colombia
Fax 342 4948
dextensionc@uexternado.edu.co
www.uexternado.edu.co

Primera edición
diciembre de 2007

Diseño de carátula y composición
Depto. de Publicaciones

Impresión y encuadernación
Panamericana, formas e impresos S. A.

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

UNIVERSIDAD
EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestrosa
Rector

Miguel Méndez Camacho
*Decano de la Facultad de
Comunicación Social-Periodismo*

Clara Mercedes Arango
Directora de Extensión Cultural

*Para María Eugenia Pinto,
de donde viene la música*

Los dioses tejen desgracias para que a las nuevas generaciones no les falte algo que cantar.

HOMERO

RITUALES

Toma una vela roja, y con un clavo escribe en ella el nombre de quien amas, enciéndela y déjala alumbrar lo que dura un Padre Nuestro, luego apágala con tu saliva.

Toma un plato lleno de azúcar, escribe tu nombre y el que ocupa tus sueños. Llévalo al patio, y recógelo cuando las hormigas hayan terminado.

Enciende tres velas blancas con fósforos diferentes; con la vela que más dure enciende un papel verde donde hayas escrito tus peticiones, abre la ventana y sopla las cenizas.

Coloca en un plato con miel dos clavos viejos de herradura de caballo en forma de cruz, unta con la miel la punta de un lápiz negro y escribe en el espejo donde te peinas el nombre de todos tus miedos. Luego, a la medianoche, lávalo con tu orín y sécalo con las páginas del calendario.

Después de todo esto no olvides: lavarte la boca, lustrar tus zapatos, y robar la cartera de tu padre.

EL SUEÑO DE LA PATRIA

Somos esta historia nuestra,
esta invisible frontera,
esta distancia que viene,
esa bala con nombre.

Los parques y los cafés,
las esquinas también,
donde olvidamos ser Caín y
celebramos mujeres y goles.

Entre gritos soñamos
el sueño de la patria,
como las capas de la tierra que
tardan en hallar su justo acomodo.

Patria de duna y viento, de sílaba
y condena, donde imaginamos que
ya no somos: esta rabia, este hueco
este temblor, esta alma de rodillas
sangradas.

Y soñar el sueño de la patria,
con la fidelidad de quien
acompaña con su mirada
la vuelta a casa de
un viejo amigo, como si su suerte
fuera también la nuestra.

LO QUE NADIE SABE

Mi madre aseguraba que una taza de ruibarbo podía curarlo todo, hasta los males del amor.

Mi padre pensaba que un poco de dinero era mejor que el ruibarbo y el amor
(además, podía comprar mucho más que eso).

Cuando yo tenía fiebre o estaba triste ella me daba Ruibarbo.

Mi padre me dejaba algunas monedas.

Cuando ella murió él se metió en su cuarto, apago la luz y sentí que lloraba bajito. Jamás lo había visto hacer esas cosas y el aire empezó a faltarme.

Toqué la puerta y cuando me abrió dejé en su mano una moneda.

HASTA EL FINAL

La vida es una mujer con sus dos manos para
[hacer lo que haga falta.
Un marcado aire de familia me une con esta
[modista que lleva
treinta años frente a una Singer, que escucha
[radionovelas, y que aún
conserva en un armario los tres ombligos de sus
hijos.

¿De qué madera está hecha esta canoa que lleva
[medio río sin
quejas, y piensa que todo mal lleva al bien
[amarrado en la cola?
¿Cuántas muertes me faltan a mí para parecerme
[a ella?,
para decir como dice ella: “Si vives como si
[tuvieras fe,
la fe te será otorgada”.

Años antes de que yo naciera, madre colgó una
[estampa que aún
pervive: Dos niños recogen flores a la orilla de un
[despeñadero, y
un Ángel de la Guarda conjura el peligro con su
[presencia.

Dime, madre, con tus ojos el secreto, dime cómo
[se llega alegre hasta
el final, a pesar de los abismos, dímelo a mí, que
[soy la única pluma
sucia de tus alas.

ALGO NOS HA SIDO CONFIADO

El primo Andrés le temía a los armarios,
pensaba que los malos sueños
salían de los armarios mal cerrados.

Andrés tampoco podía dormir
si antes no desataba los nudos de sus zapatos.

Hace mucho Andrés vive con eso,
sigue noche a noche soltando los cordones de sus
zapatos y cerrando armarios de casas y hoteles de
[paso.

Andrés sigue pensando que un zapato atado
nunca puede descansar.

POR QUIÉN LADRAN LOS PERROS

Uno es así, dice que todo acaba, pero se miente.
Ya no hay ruidos en el patio, ya las aves se
[guardaron.
La tarde, la que pone su sangre en el horizonte,
me trae cosas de otro tiempo que es hoy mismo.

Esta es una vieja historia,
mi hermano no llegó a nacer y fue enterrado en el
[patio
que es hoy un lugar sagrado.

Luego vine yo y caí en la trampa, y me llamaron
como a él, condenado a saber que cada gesto
y acto mío es inferior a él, yo, que apenas camino
[tropiezo,
ocupando el espacio suyo, sus palabras,
todo eso que me queda grande

Se me hace que no me malquieres, hermano,
y esta tristeza mía es quizá un rezago de tu
[presencia,
que, como la muerte, ya me acecha.

LA SILLA DE MADERA

En qué lengua nos habla el árbol
que hicieron silla, qué latido esconden
los anillos bajo la piel de su pintura.

Parece un animal domesticado por
años de servidumbre.

Y mientras nuestra espalda se tuerce
con los años, la suya se mantiene erguida,
como una venganza contra los leñadores.

LA CRIATURA

Sobre las aguas del lago una extraña criatura flota.
Cuando me acerco en mi barcaza me observa con
[estupor,
Tiene ojos rosados y manos con sólo dos dedos.

Me pregunta quién soy.

–Un hombre –digo.

–Vaya –dice–: Un hombre.

Y continúa flotando como si yo no existiera.

–¿Y tú quién eres ? –pregunto a mi vez, un poco molesto por su displicencia.

Y la criatura, después de echar sendos chorros de agua por sus ojos, me dice :

–Soy un hombre.

Entonces entramos en una larga y absurda discusión.

EL BÚHO

El celador dormita con la radio pegada al oído. El locutor está hablando sobre el bolero y cada cierto tiempo hace preguntas sobre el tema. El celador se las sabe todas pero no puede moverse de su puesto y llamar por teléfono, los supervisores pueden llegar en cualquier momento y no quiere ganarse una sanción por un premio tan exiguo como los que ofrece el locutor.

Es una emisora pobre, los patrocinadores no dan gran cosa pero la música es buena. Él tiene doce años de trabajar como celador y tres cuidando la fachada de aquella empresa. Todo el día pasa durmiendo y a las ocho vuelve a trabajar.

Las noches serían insoportables sino fuera por la radio, con ella el tiempo se desvanece en forma de música. A las ocho de la mañana entrega el turno.

SÓLO ÉL ESTÁ DESPIERTO

En el noveno piso del hospital, un hombre lanza
[quejidos que
nadie escuchará.

La enfermera de turno está dormida.
Los demás enfermos duermen también,
sólo él está despierto.

Siente cómo la muerte avanza por su sangre,
le parece que sus quejidos pueden escucharse en
[toda la
ciudad.

La verdad es que de su boca sólo escapa un
[silbido lastimero
que los ronquidos de otros enfermos apagan.

DULCE SUDOR DE LOS CABALLOS

Tengo un caballo en mi corazón, yo no quisiera, pero así son las cosas, nada puedo hacer.

Él corre montes y hondonadas hasta mis ojos, cuando se dispone a saltar fuera jalo la brida y lo regreso al corral.

Entonces se encabrita, pero luego se calma, recuesta su cabeza en mis costillas, siento su saliva gruesa, oigo su sollozo de marea

Tengo un caballo en mi corazón. Una parte de mí quiere que salga, que corra por colinas azules. Pero la última vez la yerba se hizo amarga. No quiero que pase otra vez por eso.

Cuando camino por la ciudad, siento adentro que se para en sus dos patas y relincha. Es su manera de pedir que lo deje libre. Entonces sobo su cabeza y busco entrarlo en razón:

Llorar por lo perdido es volver a perder. Ya olvidaste la última vez? ella era dulce como el rocío antes del sol, después sólo había piedras en la planicie, y tú delirando solo en tu estampida.

Tengo un caballo en mi corazón, yo no quisiera,
pero así son las cosas, nada puedo hacer.

EL INNOMBRABLE

La oscuridad de la antigua tarde magnifica los cuerpos. De cerca los hombres son flacos y pequeños, como los maderos de donde cuelgan. El séptimo hombre no es blanco, tiene desde dentro un bronceado profundo, no tiene en sus ojos esquirlas de cielo, no parece un rey de este mundo, ni de otro. No es estoico, llora, y suplica. Cuando los clavos abrieron la carne, recordó el vino cordial que una mujer le dio a beber una noche en su tienda.

El tiempo de los milagros ha pasado, el miedo le recuerda que también es un hombre. Sin embargo, antes de ser, ya había sido en la boca de los antiguos. Mañana lo llamarán de cualquier modo, ayer tuvo otro nombre pero hoy se ha olvidado.

Los soldados ríen, no tienen prisa, mañana quitarán los cuerpos. Los peces no tumban imperios. Los centinelas ebrios no advierten la sombra que sostiene una copa y guarda como tesoro la sangre que se derrama. Unas manos en silencio bajan al hombre y se lo llevan en una carreta. Dura días y noches de fiebre, mientras sufre extrañas alucinaciones. En una cueva del camino, las plantas y el reposo le

devuelven las fuerzas, entonces pide a sus amigos que lo dejen solo.

El hombre prosigue la marcha, vadea ríos, atraviesa ciudades, escala caminos de cabra, llanuras de yerbas altas, y llega a confines de tierra ignorada. Descubre una aldea próxima al Ganges y levanta en las afueras su tienda de peregrino. El hombre, y una mujer que lava ropas a orillas del río, se vuelven uno en la mirada, juntos descubren en la piel el milagro de la tierra prometida. Siembran cuando bajan las aguas, cosechan cuando el sol se vuelve casi un enemigo. El hombre también cultiva el olvido como un generoso regalo.

Años después el viejo campesino agoniza. Su mujer y sus hijos sienten fragancia de rosas cuando se acercan a darle el último beso. Dicen que con su sudor hicieron perfumes.

UN VIEJO VECINO DE LONGUEVILLE INVITA A NICOLE KIDMAN

Ven desde tu tierra roja, desde tu refugio allá en la vieja casa de Longueville, donde mordías la tela de una muñeca pensando en cosas lejanas. Entonces yo era tu vecino, un patio y dos mundos más allá.

Aparta la cortina que te separa, asómate, deja que la luz se arrodille y el mundo se abra como un mantel ante tus ojos, que hacen olvidar el paso de las nubes. No es el cielo que cae a pedazos, son tus ojos, la delgada marea de sus párpados; es como ver el mar, y el mar nunca es igual dos veces.

Mis pies conocen el paisaje de tu espejo, soy la sombra que ves pasar mientras te peinas. Soy quien te llama cuando nadie te está llamando. No tengas miedo, yo también aprendí a leer a Emily Dickinson en voz baja, y a no cerrar los ojos de la nuca en ciertas calles.

Un hombre que va solo al cine te está esperando. Existe en este mundo una ciudad, una esquina,

una puerta que espera tus nudillos. Nadie recuerda el nombre que pronuncia mientras sueña, yo sí, es tu nombre, que suena como el viento en valles y estaciones apacibles. Ven y dile adiós al frío, a tus mejillas color de tarde derrotada.

Te enseñaré como se cazan las mariposas, y haré que nazcan plumas en tu espalda.

SENECA, EL CORDOBES

El viejo animal vierte sus carnes en la lluvia que duerme en la alberca. Se siente desnudo, como la música, y cree que todo le sobra, hasta el aire del pecho.

La oscuridad lo acompaña, y usurpa las formas que vienen a ser su rostro.

Otros tiempos no entenderán la servidumbre de este hombre a su destino, pero no hoy, pero no ahora, cuando las primeras sombras deshonran la mirada, y el mundo queda abolido.

DEL MONTE VENGO Y POCAS PALABRAS TENGO

Alejandro Durán levanta cabeza, mira el mundo con ojos brillantes y acepta una vez más el reino del verano.

Su voz, esta tarde, tiene la belleza de una muchacha desnuda, su acordeón es un ángel iracundo que abre las alas tratando de escapar de sus manos.

Viene amanecido de cantar para blancos en una finca cerca a Planeta Rica, y espera en el camino destapado un carro que lo lleve hasta Montería. Solo, en la tarde venteada, nadie lo escucha improvisando. El viento agosta la vegetación, Alejo sufre el sol de la estación avanzada.

Su presencia divide el aire de esta tarde. De pronto queda deslumbrado en la memoria por una luz que no recordaba, el rostro de una mujer, la primera, un buen recuerdo a donde retirarse.

Canta una nueva canción para él y los pájaros que trinan a orillas del monte.

Sonríe para sí mismo, y celebra en esa victoria todas sus posibles derrotas.

EL GUARDIÁN DEL JARDÍN

Lejos de tu jardín quema la tarde
ANTONIO MACHADO

Detrás de estos muros –le dijeron al joven jardinero– hay otras ciudades y tierras con árboles que borran el cielo, y montañas como manadas de animales oscuros esperando a su pastor.

El viejo jardinero recuerda el primer pájaro del jardín, cuando el jardín aún no era el jardín, y los colores sólo festejaban la penumbra de sus sueños. Algo sin voz fundaba promesas en la tarde.

Hoy las rosas arden entre álgebras de hojas, los hilos de agua de las fuentes llenan canales donde los mosaicos repiten la urdimbre minuciosa de la Kábala. La hiedra alza su voz desde las paredes, más allá algo apuñala el horizonte, y el día cierra sus alas rotas.

El jardinero se acuesta sobre la tierra, confundido en su perfume. Inmóvil bajo las estrellas, ha dejado de ser tiempo y máscara, ahora es la respuesta que el polvo preguntaba. Hablan las yerbas entre el silencio de su carne.

El viento, esa voz sin sombra, repite lo que el jardinero escuchó en aquella lejana mañana cuando le fue revelado su destino: te quedarás aquí, aunque te vayas, porque ya estabas aquí cuando llegaste.

EL MESÍAS DE ESMIRNA

*Mi verdad es un resplandor que golpea el cielo.
Sólo los profetas que no fueron creídos
gozan de visiones semejantes...*

W. SZYMBORSKA

En el siglo XVII, Sabbatai Zebi, un sefardita de Esmirna, con algo de golondrina en los ojos y piel color de centavo viejo, fue expulsado de la ciudad por haber afirmado ser el Mesías.

Zebi viajó a Salónica, y allí efectuó una boda con los rollos de la Torá. También sus muros le fueron negados. Luego viajó a El Cairo, donde conoció un rico judío que lo patrocinó y lo envió a Jerusalem. Allí se relacionó con un profeta, Nathan de Gaza, que lo ayudó en su papel.

Zebi se casó con Sara (peineta y mantillas españolas), tan hermosa que decían merecía ser la prometida del Mesías. Zebi sembró sus palabras por todo el mundo judío, y aumentó notablemente el número de sus seguidores.

El Mesías viajó a Constantinopla para entrevistarse con el Sultán Mehmet I. Zebi fue alojado en el

castillo de la costa de los Dardanelos. Allí sentó su propia corte, mientras esperaba la audiencia.

Pero otro profeta judío de Polonia, Nahemiah Cohen, lo visitó, se convenció a sí mismo de que era un impostor y lo delató a los turcos. El Sultán, no obstante, llamó a Zebi y quiso probar la inmortalidad del Mesías con un arquero. Pero la muerte a veces no necesita mayores señales para anunciarse. El Sultán recibió de Zebi su arrepentimiento y su conversión al Islam. Lo perdonó y le dio un puesto en su corte.

Zebi dejó a su muerte un cisma entre los judíos. Sus seguidores alegaban que el hombre que rehusó enfrentar al arquero del Sultán era un impostor, que el verdadero Zebi ya había ascendido a los cielos, de donde regresaría como el Mesías.

Zebi, ¿místico u oportunista? La fe y sus pañuelos, la duda y sus espinas. Esta mañana un viejo orante de una sinagoga de Monastirliş pidió en ladino por su regreso.

EL DIOS DE LOS SUEÑOS

Un hombre, trajeado con aseada pobreza, sale de una oficina, toma el autobús de vuelta a casa y encuentra en su asiento un libro olvidado. Llega a casa, se quita la camisa, y más con cansancio que con deseo sacia su hambre.

Luego abre sin ganas la primera página del libro y empieza a leer las líneas de una lengua que no es la suya, y que sin embargo comprende: *No llores, no hagas duelo por mi muerte; hazte flautas y cítaras y arpas. Sobre mi tumba no derrames polvo sino odres de vino añejo y nuevo.*

Lo lee y siente miedo de sí mismo, como un espantapájaros frente a un espejo. Sabe que son sus palabras; también sabe que su nombre no es el de la portada, Selomo Ibn Gabirol, de quien se da noticia como alguien nacido en Málaga, España, en el año 1021, gloria de las letras del Al-Àndalus.

Entonces su cobardía encuentra el coraje que necesita su esperanza. Abre la ventana y lanza con fuerza el libro hacia la calle. Luego se dirige nervioso hacia su cama. Entre más pronto duerma escaparé de este sueño terrible, piensa y cierra los ojos.

Amanece. Qué terrible sueño he tenido. Abre la ventana, busca lápiz y papel, y escribe lo único que recuerda: *No llores, no hagas duelo por mi muerte; hazte flautas y cítaras y arpas. Sobre mi tumba no derrames polvo sino odres de vino añejo y nuevo.*

Selomo Ibn Gabirol lee las líneas, suspira satisfecho, y da gracias al Dios de los Sueños.

EL JUEGO DE LAS ESCONDIDAS

Ya no hay princesa que cantar...

RUBÉN DARÍO

Te recuerdo
tocando los timbres del barrio,
echarte a correr, y devolverte emputada porque
te mentaban la madre.

Una noche, jugando a las escondidas,
escogimos la misma casa abandonada,
la misma habitación, el mismo rincón de
ruinosas paredes.

Mi corazón era un sapo de patios de invierno
que amenazaba con romperme las costillas.
Nadie vino a decirnos que el juego se había acabado,
entonces en lo oscuro fuimos un par de animalitos
sacándose las plumas con sangre.

Hace tres mundos de aquello.
Ayer en la calle nos vimos de reajo,
apresuramos el paso y pronto nos dimos la espalda,
como dos invitados a una fiesta de disfraces
que se rehuyen.

Se conocen demasiado para jugar a las máscaras
entre ellos.

METAFÍSICA DE LA COCINA

*Los hombres que mateaban
en la cocina me interesaron.*

J. L. BORGES

Dios tiene una falda de cayenas estampadas,
el cabello recogido con un peine,
y en su mano una cuchara, como la vara
de Moisés, para separar el turbio espejo
de la sopa.

Ha llegado el hambre al altar del
cuchillo, al melodrama de las cebollas,
donde un fuego rencoroso dicta su
sentencia en el culo de las ollas.

Los comensales sueñan el ábaco de los
frijoles, los panes y su corazón de nube
arrancada. Budas profanos frotando sus
barrigas, como lámparas de genios
(el día y su apetito de panes y nalgas).

Los codos en su mantel,
el oro reposado de las frutas,
la plata mojada de los peces,
los huevos de las aves prefigurando
la forma oculta del universo.

El ayuno de la tribu ha terminado,
el exilio de los incisivos,
y se impone el imperio de la saliva,
la barbarie de los dedos como pezones.

Comemos y reímos entre ángeles,
con el alma al borde de ese plato,
olvidando que el tiempo y el azar
también nos devoran.

Los relojes siguen midiendo el ajo y su estatura
en este santuario donde la grasa será un
epitafio en el dorso de las manos.

AL SALIR DE LA OFICINA

Cuando parece que ya nada queda en pie,
uno sale de la oficina, y va con su
cuchara al mediodía, guardando distancia
suficiente para que no salpique
la sangre de la duda.

Y uno va por la calle preguntándose cómo
decir lo invisible, lo que el pensamiento
no puede pensar: el hábito de las nubes
de repetir el universo, las señales secretas
que los romanos buscaron en el vientre
de las aves.

A ninguna conclusión llegamos,
seguimos caminando,
nos cosemos las alas en la espalda,
y vamos a los altares donde el mundo
promete sus panes, mientras olvidamos
–menos mal– que el tiempo
labra la impaciente materia
de lo que somos.

COMO SI EL SOL QUEMARA
SUS PIES DESCALZOS

Pobrecita mi sombra, pobrecita.

Tendida ante mí como un vasallo.
Un pájaro que remonta vuelo desde mis pasos,
y luego se derrama por barro y aceras.

Pobrecita mi sombra, pobrecita.

Recién nacida la siento,
gato negro y ciego que sube por mi costado,
y trepa hasta mi cabeza al mediodía,
como si el sol quemara sus pies descalzos.

Pobrecita mi sombra,
pobrecita.

La soledad se funda en tus orillas.
Del otro lado, tal vez, me veas a mí
como esa sombra que te acompaña.

UNA MUJER PLANCHA UNA CAMISA

Una mujer
plancha una camisa frente a una ventana,
el vapor la hace ver como un ángel entre
nubes de incienso, un ángel que hace
con esmero movimientos fuertes y
concentrados sobre la tela.

Ahora está inmóvil, suda,
y sus manos reposan sobre la mesa.

Arrancada de su costumbre
exporta la mirada por la ventana,
y piensa –tal vez– en el pasado,
–tal vez– en un patio con gallinas,
y en cosas que –tal vez– la hacen feliz
y triste (pero que nunca sabremos).

Y así van los recuerdos también
perdiendo sus arrugas, como una
camisa vieja que seguimos poniéndonos
porque aún conserva nuestra verdadera talla.

AVIONES DE PAPEL
PARA UN CIELO RASO

Aquí, bocarriba, en la cama y sin palabras,
los ojos clavados en las paredes,
lanzando pensamientos como aviones de
papel hacia el cielo raso.

Aviones de papel entre muros, pájaros trazando
presagios entre manchas y grietas.
Afuera, la tarde como un caballo de fuego,
en un país donde silban más balas que niños,
y desempleados escuchando canciones de
en las tiendas de discos.

Aquí, bocarriba, en la cama y sin palabras,
tu recuerdo regresa y se sienta en la orilla,
mis manos tantean el aire, preguntan
aquella forma tuya de llenar la nada.

Resulta inevitable sentirse triste,
como alguien saliendo de una fiesta en la que nadie
ha querido bailar con uno.

En peores lugares nos ha cogido la noche –te dices–
recordando todos tus naufragios, y hasta las hormigas
gritan cuando les cortan la cabeza,
aunque no podamos escucharlas.

Entonces te sientas en el gastado borde de la cama,
como uno de esos soldados que arman y desarman
su pistola con los ojos cerrados,
como un pianista de películas mudas,
mientras cae el último avión desde el cielo raso.

LA GENEALOGÍA DE LAS MOSCAS

La guerra llega un día
en que tu hermano sale a buscar pan a
la tienda y regresa con una bala
perdida en el bolsillo de su pecho.

Entonces el mundo es una gran
mortaja, eres un sitio vacío en
mitad del miedo, y descubres sus ojos
hasta en los perros de la calle.

Bajo el muro fusilado de la noche
la paz duerme su largo invierno.
La guerra se come el fruto de las nubes,
y canta su temblor sobre las tumbas.

Sueñas con tu hermano, una mano de niño
abriéndose paso entre la tierra. Despiertas
asustado y acudes al llamado de la ventana
donde ves la luna coagulada.
Esta forma de sentirse viudo, este duelo
largo como la genealogía de las moscas.

La guerra, con su sorda sucesión de
sombras, hunde sus semillas, y tú cosechas
el odio en las esquinas, mientras esperas
la cara de tu venganza.

ESTA TARDE ENCONTRASTE UNA HERRADURA

Uno quisiera llamarse de otro modo y trabajar como vigilante de un faro lejano en Cape Cod, o como guardabosques en la selva negra, qué sé yo...

Soy un tipo llamado fulano de tal, y saber que al menos eso es cierto, pero es una certeza pobre, son apenas sesenta kilos, y un metro setenta de huesos mal puestos, y comida fría frente al televisor.

Hace mucho calor y las ideas te queman dentro y ves cómo la vida se escapa por tus poros y el niño que tiraba piedras en un estanque con el único propósito de hacer círculos de agua ya no está más.

Sin embargo, algo vibra, tienes el palpito, la corazonada de que algo bueno puede ocurrir, que quizá lo peor ya ha pasado.

Algo dice que habrá una salida,
una historia con parques y sonrisas y puestas de sol,
porque al cabo no se es una basura,
sino un hombre.

Algo dice que aún hay dentro un
lugar limpio que nadie ha podido ensuciar,
que todavía hay un oficio,
que las pantuflas no suenan tan mal
camino al baño,
que la chica del restaurante te
lanzó ayer una mirada de esas que invitan
a volver cuantas veces sea necesario.

Aún queda media caja de cigarros, y
esta tarde encontraste una herradura.

ESTUDIO

PARA UNA CABEZA DE CABALLO

*¿Por qué, a veces, sentiremos una tristeza
parecida a la de un par de medias tiradas
en un rincón?*

OLIVERIO GIRONDO

Avanza nuestro latido en los días, como el hilo mojado de saliva que queremos meter por el ojo de la aguja.

Un golpe de alas meciendo el aire, un racimo de voces en el viento, la plaza llena de palomas mudas, y nosotros: la superficie del agua antes del guijarro.

Somos la puerta y la bisagra, el reloj de arena y la mano que lo gira, somos Heráclito diciendo en una esquina de la plaza: *La naturaleza de las cosas tiene la costumbre de ocultarse*. Somos alguien con un secreto, y no encontramos con quien compartirlo.

Niños armando trampas para pájaros en campos de maíz encendidos por el mediodía, semillas rompiendo tierras y huesos como Ícaros dementes.

Somos aquel rostro amado, ese apacible frente de batalla ante el cual sentimos el peso de las cosas invisibles; descubrimos esos ojos y ya no necesitamos metáforas.

Un álbum con fotos de muertos, también, una flecha sin blanco disparada desde el vientre atravesando la luz hasta ese lugar donde las llaves no sirven. Mientras, vemos llover en las terrazas el mundo.

Eso somos, hermanos del eco y las sombras, nudo de silencios y palabras peinándose ante un espejo cagado de moscas y restos de barro, antes de abrir la puerta de la calle y volver a subir la escalera rota de nuestra esperanza.

BOSQUIMANOS Y ESQUIMALES

En el desierto de Kalahari los nómadas bosquimanos llevan su sed a cuestras, y en la estación más seca se bebe sangre como si fuera agua.

Si un viejo ya no puede seguir al grupo, se aleja sin dar noticia.

No se entierran los muertos en estas tierras, se dejan a la intemperie hasta que se pudran. El sol, el viento y los pájaros reclaman lo suyo. Luego el niño más pequeño de la tribu pinta el cráneo con tintura de arbustos.

Quienes historian las lenguas desconocen el origen del habla bosquimana, abundan los prefijos y sufijos, y sólo tienen dos números para cifrar el mundo: uno y más de uno.

Escenas de caza y poco pastoreo se ven por las planicies del Kalahari, esta otra orilla, este otro mar con cuya sustancia se hacen relojes y espejos.

Viven en cuevas, que de lejos parecen los ojos ciegos de las montañas, dentro de ellas los bosqui-

manos orinan la arena sobre la cual se echarán a dormir esta noche.

Una extraña señal entre límites: los esquimales viejos de Alaska, al darse cuenta que retrasan la travesía de la tribu, se alejan sin dar noticia, y mueren apacibles sobre la blanca nieve.

DÉJÀ VU

Él trabaja en el puerto descargando los barcos que arriban llenos de peces, a veces también los acompaña en la rutina de armar anzuelos e izar las redes.

Hay instantes, frente al mar, en que no está seguro si está viviendo una vida o intentando recordar otra; como si sus pies caminaran junto a una equívoca sombra. Entonces, respira hondo varias veces, y se ocupa de nuevo en afilar su cuchillo.

No sabe que allá, en el fondo de las horas, alguna vez se llamó Miguel de Cervantes.

UN POSIBLE JORGE LUIS BORGES
—JUNTO A UN LAZARILLO—
PASEA LAS CALLES DE CARTAGENA
DE INDIAS EN 1978

Todos los espejos donde se mira un hombre son un solo espejo. El mar es sólo una gota que se repite. Conforme a esa fe de unidad, esta calle de Cartagena es la misma que un día caminé cuando joven en un barrio del sur de Buenos Aires, y que mañana mis pasos anudarán a otras calles de Alajuela, de Marrakech, o de Ginebra.

La reconozco: la íntima y plural, la mágica y sucesiva calle; extraños recodos la unen a otras donde pasa un viento en que laten borrosas sombras: madre y padre, hermosos todavía como una promesa. Calles donde se oyen otra vez queridas voces: Alfonso Reyes, el hombre que me gustaría haber sido.

Un indicio de esta magia, por la cual todas las calles son una sola, es que recuerdo a todas en esta calle cartagenera que hoy fatigo en mis pasos, y a ésta la recordaré otra vez, y volveré a suceder en ella, aunque mi pecho respire mañana la Alhambra de Granada.

Más allá de la sospecha, sé que hay una estrella que me escribe, y otra que me borra. Las estrellas, bajo cuyo augurio cobraron forma mis pasos, siguen trazando el itinerario. Por algún prodigio me he quedado en todas estas calles, tal vez sólo es nostalgia de mí mismo lo que estoy sintiendo.

EN MÉXICO D. F. MUERE UN MIMO

Nada extraño tiene que un mimo muera en México arrollado por un auto, pudo ser en Madrid o en Alajuela (la noticia es escueta, parece el obituario de un fantasma).

Uno es lo que come, me digo, y el mimo se alimenta de gestos y silencios.

Cuando se lava la cara, el mimo finge que es un hombre. Extraña los guantes blancos con que inventa cuerdas y paredes invisibles.

No son pocos los locos que insistieron en su locura, y el mundo se volvió reflejo de sus delirios.

Por eso, nada de extraño tiene que un mimo muera arrollado por un auto. Visto de alguna manera, es señal de perfección en su arte.

El conductor seguramente pasó una toalla
por la mancha blanca y roja del parabrisas.
Pensó en un ave, tal vez una paloma extraviada
entre los edificios.

DONDE MIGUEL HERNÁNDEZ DICE:
¡LEVÁNTATE, TE ESPERAN TUS ZAPATOS!

El hombre es eso que acecha el azul desde el barro.

Su sangre registra una extraña propensión a ocultar las lágrimas en las salas de cine (esas reliquias sentimentales).

Ese héroe pobre de solemnidad, y rico en días adversos, de quien habla Miguel; ese que trabaja todo el día y luego mira largamente por las ventanillas en los autobuses de vuelta a casa.

Sabe que cualquier día que no está bajo tierra sigue siendo un buen día. Tal vez presente –lejos en el calendario– ese amanecer para el cual valdrá la pena permanecer despierto.

ALGUIEN ANDA POR EL TEJADO

La canción que escuchó Mozart cuando cerró los ojos para siempre, y lo hizo sonreír.

Las lágrimas que Hitler derramó cuando ordenó matar a su perra en los patios del búnker.

El poema que Borges urdió en silencio, y decidió olvidar aquel día de 1986, una construcción perfecta que lo atemorizó, y que creía no merecer.

La tristeza de no saber las palabras que Dante dijo a Boccaccio al final de una conferencia en Florencia, y que nadie logró escuchar.

Ese momento del mediodía en que el sol canta en los muros sus más altas canciones, mientras niños traviesos abren un costal para que salga un murciélago.

Todas esas cosas, y tantas más, hacen este mundo antiguo.

También, ese cuchillo que lleva en la mano
aquel que camina por el tejado, a esta hora de la
[noche
en que ya no hay regreso, porque los dados ya
han sido lanzados.

ALABANZA DE LAS VENTANAS

Todas las ventanas son un largo suspiro mío,
una sed en los codos, un nido de ojos, altar de
preguntas y ceniza de cigarrillos.

De día las ventanas cantan la canción del barrio.
De noche, al cerrarlas, lloran y crujen hasta que-
darse dormidas.

En la mañana se despiertan con los ruidos de los
barrenderos, y esperan a que alguien las abra, con
el ansia de un perro amarrado.

Todo nos llega tarde, menos las ventanas.
Hay algo piadoso en esos santuarios de camisas
y faldas colgadas, algo de cubierta de barco, de
acantilado, de puente, de vulva y de labio.

Todas las ventanas parecen mendigar una escalera,
una nariz asomada, un tiesto de flores, unos ojos
descalzos paseando los techos y el vasto horizonte.

Que las ventanas griten lo que las paredes callan.
Volver a mirar largamente por ellas, olvidar los
espejos, y dejar que sea el viento quien nos peine
el alma.

EL HUECO

QUE LA LUNA DEJÓ EN LA TIERRA

*Aguanta la adversidad y aguarda para después
la libertad; tu botín será el perdón de Dios.*

Al - Mu' tamiz

Uno de esos días en que el sol cae a trompadas astillando al mundo mientras transitas por el vacío y su ruina donde queda tanta huella que borrarán más huellas con su sucio y entusiasmo venidas en bolsas y cajas de cartón como estas donde no ya cabe la ceniza de los años que se hunden en otros años como agua en el agua donde flota un barco de papel donde te embarcas hacia un patio donde estás tú en un corredor con un cuaderno en las rodillas con papeles donde hay palabras escritas por un lápiz con el borrador comido que también dibuja el nombre de aquella chica flaca cuyo recuerdo te hace caer en cuenta que sólo saliste perdiendo cuando había un corazón de por medio que late al compás de un reloj que hoy ya no anda regalo de madre en el séptimo cumpleaños cuando llegaste a la ciudad y entonces lo llevaste con orgullo sintiéndote dueño del tiempo que como cualquier asesino perfecto no tiene amigos y seguirá estando ahí por más que cie-

rres las puertas por más que condenes las ventanas y quedes encerrado con cenizas que hablan de un viaje con grasa y miedo por más que cierres cajas y hagas maletas y te mudes al hueco que la luna dejó en la tierra antes de flotar como un globo de fiesta o a un lugar donde las nubes estén por debajo de las montañas y tú todavía me ames y seas mi verdadera patria: donde quiera que quede eso.

EL PINTOR DE OKINAWA

La mano terminó los movimientos y el pintor de Okinawa dibujó la sonrisa en su rostro.

Los pinceles, amarillos y negros, cayeron después del rugido.

JOHN JAIRO JUNIELES

Nació en Sincé, Sucre, Colombia, 1970. Vivió durante muchos años en el puerto de Cartagena de Indias, actualmente reside en Bogotá.

Ha publicado el libro de cuentos: *Con la luz que me queda basta* (2007), y la novela: *Hombres solos en la fila del cine* (2004). En poesía y prosa poética: *Papeles para iniciar el fuego* (1993), *Temeré por mí al final de estas líneas* (1996), *Canciones de un barrio en la frontera* (2002), y *Viajero con pasaje a tierra extraña* (2007). Hace parte de la antología: *In Our Own Words: A Generation Defining Itself* (vol. 7), de Estados Unidos.

En 1995 obtuvo el Premio Nacional de Cuento de la Universidad Externado de Colombia, en 2002 obtuvo el Premio Nacional de Literatura Ciudad de Bogotá, en 2005 el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Alajuela, Costa Rica, y en 2007 la Beca de Residencia Artística del Banff Centre for Arts de Canadá y Ministerio de Cultura de Colombia. Fue elegido por el Hay Festival de Literatura, y la Secretaría de Cultura de Bogotá, entre los 39 escritores, menores de 39 años, más representativos de la literatura latinoamericana; en el marco del programa Bogotá Capital Mundial del Libro 2007.

Ha sido tallerista de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano. Como periodista ha sido redactor de *El Universal* de Cartagena, y cofunda-

dor de la revista *Noventaynueve* de la misma ciudad. Durante siete años trabajó como periodista del Festival Internacional de Cine de Cartagena.

En la actualidad es periodista free lance, editor de publicaciones, y consultor en materia de cultura y educación.

Algunos de sus textos pueden leerse en su blog: [john-jairojunieles.blogspot.com/].

CONTENIDO

- Rituales [11], El sueño de la patria [12],
Lo que nadie sabe [14], Hasta el final [15],
Algo nos ha sido confiado [17], Por quién ladran
los perros [18], La silla de madera [19],
La criatura [20], El búho [21], Sólo él está despierto
[22], Dulce sudor de los caballos [23],
El innombrable [25], Un viejo vecino de Longueville
invita a Nicole Kidman [27],
Seneca, el cordobes [29], Del monte vengo y pocas
palabras tengo [30], El guardián del jardín [31],
El Mesías de Esmirna [33], El Dios de los sueños
[35], El juego de las escondidas [37], Metafísica de
la cocina [38], Al salir de la oficina [40], Como si
el sol quemara sus pies descalzos [41], Una mujer
plancha una camisa [42], Aviones de papel para un
cielo raso [43], La genealogía de las moscas [45],
Esta tarde encontraste una herradura [47],
Estudio para una cabeza de caballo [49], Bosqui-
manos y esquimales [51], Déjà vu [53],
Un posible Jorge Luis Borges –junto a un lazarillo–
pasea las calles de Cartagena de Indias en 1978 [54],
En México D. F. muere un mimo [56],
Donde Miguel Hernández dice: ¡Levántate, te es-
peran tus zapatos! [58], Alguien anda por el tejado
[59], Alabanza de las ventanas [61],
El hueco que la luna dejó en la tierra [62],
El pintor de Okinawa [64].

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas - Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales
23. *Luz en lo alto*, Juan Felipe Robledo
24. *El ojo de Circe. Poemas escogidos 1995-2005*, Lucía Estrada
25. *Libreta de apuntes*, Gustavo Adolfo Garcés
26. *Santa Librada College and other poems*, Jotamario Arbeláez
27. *País íntimo. Selección*, Hernán Vargascarreño
28. *Una sonrisa en la oscuridad*, William Ospina
29. *Poesía en sí misma*, Lauren Mendinueta
30. *Alguien pasa. Antología*, Meira Delmar
31. *Los ausentes y otros poemas. Antología*, Eugenio Montejo
32. *Signos y espejismos*, Renata Durán
33. *Aquí estuve y no fue un sueño*, John Jairo Junieles



Editado por
el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en diciembre de 2007

Se compuso en caracteres
Sabon de 10,5 puntos
y se imprimió
sobre papel periódico de 48,8 gramos,
con un tiraje de
12.500 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

